

POLITICA Y ESTRATEGIA

EN LA REALIDAD ACTUAL

Por

Jorge SEPULVEDA Ortiz
Capitán de Corbeta
Armada de Chile.

El Poder bélico y la Política exterior.

En aquellos estudios que tratan sobre las relaciones internacionales, siempre han ocupado un importante lugar las elucubraciones sobre la utilidad futura de las fuerzas armadas. En cada evolución del arte de la guerra, han habido seres que han predicho el derrumbe de la civilización contemporánea o el fin de las guerras. El advenimiento de las armas nucleares no ha traído excepción a esta regla; sólo que en este caso el cambio que representan los instrumentos bélicos que existían con anterioridad, ha dado enorme predicamento a los profetas de esos dos extremos. Según sea la idea que cada uno tenga formada acerca de la compleja naturaleza humana, es posible estimar, dado el poder destructivo sin precedente de las armas nucleares, que las naciones seguirán por sus vías tradicionales hasta una mutua destrucción final o por el contrario reconocerán por fin, la "Futilis Bellum" como instrumento de la política internacional o recurrirán a otros medios para resolver sus disputas.

Cualquiera sea la validez de estos vacíos, el esfuerzo que se haga para determinar el papel que puede desempeñar el poder militar en las relaciones internacionales es fundamental para la formulación de una eficaz política militar exterior.

La función fundamental que el poderío bélico ha llenado hasta la fecha en el complejo proceso de la política internacional, ha sido la de gran elemento de persuasión en los conflictos. En este sentido ha sido empleado, según la organización militar de que se trate, en misiones pacificadoras contra actividades subversivas o guerrilleras y en otros encuentros deliberados de diversa importancia y duración. El solo efecto de su existencia, manifestaciones o demostraciones ha servido tanto para acelerar acciones de otro país como para disuadirlo de llevarlas a cabo. Ha facilitado las negociaciones, y cuando las fuerzas de los bandos antagónicos se encuentran equilibradas por su magnitud y composición, el incremento o reducción del poderío bélico se ha evidenciado como un medio conveniente para aumentar o reducir las tensiones internacionales. No podemos dejar de indicar que el poder militar ha servido como índice fundamental del prestigio o potencial de una nación como asimismo ha sido un elemento esencial en el desarrollo mundial. En un mundo en que chocan entre sí culturas e intereses opuestos ha reemplazado, desgraciadamente, a otros medios menos destructivos para llegar al logro de las grandes decisiones políticas internacionales.

La guerra ha sido siempre un infierno, pero hasta aquí ha sido relativamente local debido a los reducidos medios de que han dispuesto los beligerantes y al largo tiempo necesario para destruirse mutuamente. Ahora todo esto ha cambiado, los factores y retardos han desaparecido y en pocos días se puede arrasar un país hasta su total destrucción. La acción militar no puede desarrollarse separadamente de las otras ramas de la política, por las consideraciones tan diversas que entran como factores, en cualquier decisión militar.

Se ha hablado mucho del advenimiento de jefes militares que vienen a ocupar puestos que normalmente eran desempeñados por civiles; pero muy poco se ha dicho o escrito sobre hasta qué punto los

asesores civiles, de uno u otro tipo, se han infiltrado en las diversas ramas de las organizaciones militares. Si las decisiones tácticas pueden provocar graves consecuencias políticas. ¿Es posible dejarlas en manos de comandantes militares embebidos de un espíritu o una orientación técnica y especializada, o debemos prever alguna forma alternativa, de control, algún sistema que permita que aún las decisiones estratégicas se sometan a un previo estudio político-militar, de carácter lo más amplio posible?

No existen respuestas fáciles ni definitivas. La integridad, dedicación y capacidad de las instituciones armadas son con seguridad bienes demasiado preciosos, como para descartarlos sin el más grave motivo. En los más altos niveles, las Fuerzas Armadas muestran por lo general un deseo realmente ejemplar de coordinar su política con las otras ramas del gobierno, y si fuere necesario, subordinarse a ellas. Han aceptado de buen grado la asignación de asesores diplomáticos y sus mandos han empleado asesores civiles en una amplia escala. Sin duda, hay quienes se oponen; este problema necesita un estudio continuo y de comprensión, en que se deje de lado toda idea preconcebida que se tenga sobre la mentalidad militar. Si nos basamos en la experiencia de la Segunda Guerra Mundial y de Corea, es posible creer que las circunstancias demandan un esfuerzo intensificado para aumentar la compenetración de los jefes de las Fuerzas Armadas con la complejidad y delicadeza de sus problemas, en vez de establecer una nueva demarcación de los límites de la competencia militar.

Esto no significa sugerir que el militar además de su profesión debe convertirse en un perito económico-social. Simplemente significa, que deberá volverse cada vez más consciente del objeto y dimensión de sus funciones y responsabilidades, de manera que pueda exigir y sacar provecho de cualquier asesoramiento a su alcance en esos otros campos del conocimiento. La ampliación de la conciencia militar sería totalmente inútil, si no está acompañada por una comprensión más profunda por parte de la ciudadanía en general sobre la importancia del poder militar en las relaciones internacionales. Los riesgos de un desarrollo unilateral son en verdad muy gran-

des; aún el pequeño pecado venial de recortar algo del presupuesto militar incide directamente en el debilitamiento de la influencia y seguridad de una país, y daña la moral de sus Fuerzas Armadas.

El desarme es algo que todos honradamente desean; pero el desarme unilateral, como hemos dicho, es peligroso. Especialmente cuando se inicia para equilibrar un presupuesto o aumentar el ingreso de los consumidores. Pensar en ello, en las condiciones actuales, es querer atraerse graves consecuencias. Incrementar el poder económico del país para tomar parte en los negocios del mundo sin contar con una organización militar apropiada, es lo mismo que tener un fértil huerto sin cerco ni vigilancia.

Todo ello nos sugiere que el desarme tiene un límite que no debe ser transpuesto en ninguna circunstancia y que antes de considerar siquiera alguna posibilidad de desarme deben cumplirse ciertos requisitos básicos. Debe estipularse ante todo una efectiva inspección internacional, asegurándose que el resultado del desarme no altere el equilibrio del poder, en favor de los posibles adversarios, en alguna clase de armamento.

Si la experiencia pasada (en más de 3000 años de historia han habido cerca de 4000 guerras) sirve para ver adelante, estas condiciones de equilibrio aparecen como extremadamente difíciles, tal vez imposibles de alcanzar, aún cuando en el mundo reine una mejor voluntad que la que se vive actualmente.

En estas circunstancias se hace indispensable que se afiance la actitud hacia las organizaciones militares y se acepten sus ventajas y se considere justo tener a nuestra disposición los elementos fundamentales del poderío bélico sea cual fuere el momentáneo aspecto de las relaciones internacionales. Que se trate a la Fuerzas Armadas no como blanco de campaña para reducir gastos, ni como mal necesario, sino como uno de los grandes y permanentes elementos del desarrollo de nuestra vida nacional y reconocer que ellas constituyen un organismo de consulta profesional para asesorar a las autoridades de gobierno en materias propias de su especialidad. En la época actual en que vivimos, no debemos desconocer que se necesita más que nunca firmeza en los propósitos, combinada con flexibilidad

de medios y acción en el ámbito militar con el fin de asegurar nuestra independencia y respaldar nuestros derechos.

Estrategia Norteamericana en el Asia Sur Oriental

Según algunos autores, los norteamericanos han acostumbrado comenzar las guerras con una desventaja inicial en medios bélicos y con mucho terreno por recuperar. Esta desventaja, junto con la costumbre de considerar las operaciones militares como algo totalmente diferente de los otros tipos de acción política, ha tendido a desarrollar una doctrina estratégica que exige un esfuerzo tenaz con todos los medios posibles, para aniquilar las fuerzas del adversario. Pero, al parecer en la actualidad, salvo que el enemigo obligue a los EE.UU. a una guerra total para sobrevivir, da la impresión que hace falta una distinta concepción estratégica si se emplea el poderío bélico con fines disuasivos o para la guerra propiamente tal. La estrategia no puede consistir simplemente en el intento de destruir al adversario. El problema parece que consiste más bien en persuadirlo a que acepte condiciones. Y esto, lograrlo en el más breve plazo compatible con el mínimo de costos y riesgos.

A pesar de que virtualmente la historia de la guerra enseña que la victoria o al menos una solución política aceptable se logra yendo al punto crítico, lo más rápido posible, con una superioridad militar aplastante; parece que los estrategas Norteamericanos en los problemas del Asia Suroriental han escogido el camino de aumentar gradualmente la presión militar. Recordemos que el envío original de 10.000 soldados al Vietnam ha llegado en la actualidad a más del medio millón. La Junta de Jefes del Estado Mayor (Joint Chiefs of Staff) ha estado y está contra este plan a gotas argumentando que todo lo que le dé tiempo al enemigo de adaptarse a las nuevas modalidades aplicadas, seguirá alargando la guerra.

La totalidad de los militares Norteamericanos están en favor de bombardear Vietnam del Norte, en vez de seguir el presente plan de selección de blancos en forma individual. Esta idea si se hubiese aplicado desde 1965, habría

producido la interdicción de las comunicaciones comunistas con la consiguiente definición de esta guerra. Esta indecisión ha traído consigo el clamor público y de personeros políticos de los EE.UU., insistiendo que los objetivos Norteamericanos en el Vietnam necesitan desesperadamente una definición. A esto se ha unido la actitud de cierta parte de la población, que según algunos, es una pequeñísima minoría, que protesta en diversos estados de la Unión por no saber el motivo de la lucha en el Vietnam, y otros que exigen que los Estados Unidos deben retirarse de allí. Algunos personeros de este gobierno han manifestado que están allí para permitir que los Sudvietnamitas decidan su propio futuro sin interferencia de los del Norte. Otros dicen "estamos ahí para prevenir la guerra nuclear" y terceros agregan "estamos ahí para no tener que pelear más tarde, una guerra aún más dura en Tailandia".

¿Cuáles son las opiniones de personeros militares?

El General de Ejército (R.) James Gavin, que ha sido el estratega del Pentágono por más de 12 años, ha dicho: "En esencia, Sudvietnam ha llegado a ser la primera línea de defensa contra la diseminación del comunismo chino por medio de la guerra e insurrección". El General Omar Bradley agrega: "Si peleamos en Vietnam y ganamos, es posible tener que repertir nuestros esfuerzos en alguna parte. Si nos retiramos, existe la certeza de que enfrentaremos muchos y más duros Vietnams".

Cuando el poder militar no se aplica en golpes decisivos, a fin de alcanzar rápidamente el objetivo de la guerra, sino que más bien viene en etapas gradualmente escalonadas de cometidos sin lograr una decisión, se produce la natural reacción del frente interno, lo que provocará las interferencias que afecten directamente a la conducción de las operaciones.

¿Qué efectos ha tenido esta estrategia racionada sobre las tropas combatientes en Vietnam?

El Armed Forces Management de Enero de 1968 comenta:

"Los Comandantes y pilotos que operan en Vietnam critican las limitaciones impuestas por los líderes civiles en Washington y personalmente sienten el

impacto de la dirección civil desde el Pentágono. Esto es tan real, que se presentan situaciones tácticas donde la tentación de hacer caso omiso a estas restricciones llegan a ser insoportables, especialmente cuando la muerte y destrucción son lanzadas, contra las tropas norteamericanas, desde aquellos santuarios intocables".

Las relaciones entre el Poder Civil y el Militar

En diferentes publicaciones fue muy comentado el retiro del Sr. Robert McNamara como Secretario de Defensa de los EE. UU. Existe una marcada tendencia a creer que la oposición a McNamara dentro de la Junta de Jefes de Estado Mayor, se debe según se ha expresado, que el Secretario de Estado interfiere en la conducción de la guerra en Vietnam. Esta situación habría llegado a un punto tal, en que se temía, al menos dentro de la Administración, que el Presidente Johnson se viera enfrentado a la renuncia de sus principales consejeros militares.

Johnson, según los rumores, también mantenía divergencias con McNamara sobre la conducción de las operaciones en el Asia Suroriental. El Presidente quería intensificar las acciones bélicas, es decir aplicar todo el poder ofensivo de los EE. UU sobre los enemigos, sin mayor dilación. Aumentar los bombardeos aéreos, eliminar los santuarios y reforzar aún más las tropas que luchan en Vietnam.

McNamara pretendía mantener su política de no agudizar la guerra, ejerciendo una presión restrictiva hacia los generales y políticos que desean una actitud más fuerte en el Vietnam. Su política era oponerse a los bombardeos intensivos; el no envío de nuevas tropas al sudeste asiático y en cierto sentido el buscar la paz lo antes posible.

Con estos antecedentes han aparecido un sinnúmero de interpretaciones, pero la más común es que el Presidente Johnson quiera una victoria antes de las elecciones presidenciales, pues sabe que la opinión pública desea un ejecutivo más enérgico y una pronta solución al problema de Vietnam.

La presencia del General Westmoreland, Comandante en Jefe de las tropas

norteamericanas en Vietnam, en diciembre último en Washington, y el reciente viaje del General Earle Wheeler, Presidente de la Junta de Jefes de Estado Mayor a entrevistarse con el General Westmoreland, son los contactos necesarios para intensificar la guerra, aumentar los bombardeos y envíos de nuevos refuerzos militares. Esto ya se ha visto materializado con el envío de 10.000 nuevos soldados en la última semana de Febrero.

El General Wheeler ha expresado en algunas entrevistas que, las relaciones fundamentales entre civiles y militares se encuentren establecidas en la constitución de los EE. UU. y ampliadas por la experiencia, las leyes y las costumbres. La Junta de Jefes de Estado Mayor ha llegado a ser desde su fundación uno de los principales factores para establecer estas relaciones, lo que ha permitido continuar evolucionando hacia el logro de tres objetivos principales.

El primero se relaciona con el perenne problema que se encuentra en la historia de todas las sociedades organizadas; el establecimiento de salvaguardias que evite que determinados grupos de individuos puedan controlar el instrumento de fuerza para beneficio de sus propias ambiciones. Es sobre este principio básico donde se encuentra la estructura del sistema de defensa de los EE. UU. El organismo de defensa es aquel en que el militar está subordinado al control civil y que asegura que la aplicación de las capa-

idades militares pueden ser ejercidas sólo en apoyo de objetivos nacionales indicados por los más altos niveles de los dirigentes civiles.

El segundo objetivo es el establecimiento de procedimientos a través de los cuales una asesoría militar puede contribuir en gran proporción a los dirigentes de la política exterior.

El último objetivo es el proveer un sistema para traducir una política militar en una acción militar integrada.

El punto de confluencia de las relaciones civiles-militares está en los problemas de seguridad nacional. De parte de las FF. AA., la responsabilidad final de tales relaciones descansa en los Comandantes en Jefe de las Instituciones y en el Presidente de la Junta de Jefes de Estado Mayor, quienes deben hacer comprender a los responsables de la Política Nacional de la influencia del Poder Naval, Continental o Aéreo en la seguridad nacional y política internacional. En otras palabras sirven como consejeros militares.

Estas relaciones son, a nuestro juicio, facilitadas en los Estados Unidos o en países Europeos democráticos por el conocimiento y preocupación de los dirigentes civiles de los problemas que atañen a la Defensa Nacional. Debe procurarse que este conocimiento y preocupación por estos asuntos fundamentales se materialicen desde tiempo de paz y no como una triste experiencia cuando el resultado de la guerra ha sido desfavorable.

